

# LA GUERRA DE LOS MIL DIAS ULTIMO RELATO



BENJAMIN LATORRE CHAVES

Ya al finalizar el siglo pasado, habiendo sido interrumpidos nuestros estudios primarios en el histórico Colegio de San Simón de Ibagué, donde los cursamos en vez de Bogotá, en compañía de nuestro pariente inolvidable Rogelio Cháves, sacrificado más tarde en El Espinal con el General Cesáreo Pulido; el institutor Gabriel Calderón, quien era su segundo; los Tenientes Coroneles Barrios y Mañozca; y los Mayores Clímaco Pizarro y Germán Martínez, el luctuoso 13 de septiembre de 1902 y a pesar de los descalabros que la Revolución sufrió desde la primera etapa, como las derrotas de Bucaramanga y Los Obispos en el norte, la de Nocaima en Cundinamarca, donde sucumbió arrebatadamente el inclito Figueredo, y se perfiló la figura del ilustre Olaya Herrera, así como la de San Luis en el Tolima, en donde pereció entre muchos el abnegado jefe Vicente Carrera y fue herido el posteriormente General Adelmo A. Ruiz, nuestra decisión, atávica, acaso no del todo clarificada en esa remota adolescencia, por la causa liberal y el deseo de defenderla en los campamentos, era tan ajena a odios y venganzas, como tentadora de aventuras y vehemencia.

Campaneaba la solidaridad y nos habría avergonzado el escondite. Los laureles arrancados por Uribe Uribe en Peralonso a la fortuna esquivada, no compensaban aún tan tremendos golpes sufridos poco antes por los nuestros y resultaba imperativo el inmediato y decidido concurso de tantos copartidarios hábiles, aunque sin duda vacilantes. Por lo que a nosotros tocaba, podemos afirmar rotundamente que nos habría incitado menos el ambiente victorioso de la Revolución para enrolarnos en sus filas, que la idea de apoyar en su infortunada iniciación.

Tal era entonces nuestro ingenuo, nuestro agudo estado de ánimo. Vibraban límpidas ejecutorias. Por otra parte flotaba un débil y triste sedimento de recuerdos infantiles que, sin inducirnos a represalias personales, de las cuales nos sentíamos a distancia solar sin virtuoso esfuerzo, y transcurridos ya unos diez años de las cruentas agresiones de que había sido víctima varias veces nuestro pacífico padre, por gratuitos odios políticos que tan a menudo envenena la humanidad, a consecuencia de las cuales lo habíamos visto a las puertas de la muerte y a sus atacantes agresivamente impunes, si nos inclinaban en abstracto y con elevados sentimientos a contribuir al derrumbamiento de un regimen que, incesantemente, en los comicios irritantes nos exacerbaban hasta concedernos apenas a manera de dádiva una única unidad representativa en el Congreso de la República, brillante sí, como lo era el General Uribe Uribe, incurriendo con ello en la más cruel discriminación ciudadana, ensañándose así contra media nación, ya incurra en esto cualquiera de los dos partidos tradicionales colombianos, con plenitud de dignidad y decoro resulta elemental no resignarse a indefinido sojuzgamiento.

Sin embargo, circunstancias insalvables nos privaron durante los primeros meses de lucha, de compartir la aza-

rosa existencia del revolucionario en campamentos, si en verdad colmada de sobresaltos, vigiliadas y peligros, tiene también, quizá más para la incipiente juventud, tan sentimentales y firmes como nobles satisfacciones. ¡Oh! En todo caso el decoro, la dignidad, preciosos dones recibidos de lo Alto, tan obligante de conservar, y sin los cuales la existencia humana sólo sería un triste, un raquítico, un desolado vegetal.

Llegó por fin el día de alistar la ligera maleta de campaña y salir, junto con nuestro primo por la sangre y hermano de espíritu, Luis F. Latorre Latorre, para la hacienda "La María", cercana al salto de Tequendama, lugar acordado por los jefes de este movimiento, Coroneles Antonio Samper Uribe, de alta prestancia social y económica, y Honorato Barriga, digno descendiente este último del famoso defensor del cuartel de San Agustín, en febrero de 1862.

Allí formamos un bloque como de 30 hombres, apareciendo, ante el gobierno, rebeldes. Días después, tras algunas exploraciones en los contornos y cuando nos hallábamos muy cerca de la población de Mesitas del Colegio, un terrateniente, Santiago de la Guardia, dizque oriundo de Panamá, nos preparó una emboscada con los empleados de su cercano feudo, dotados con rifles oficiales de precisión, desde las corralejas de piedra de su finca. Uno de los nuestros, de apellido Corredor, joven veinteañero, pereció allí, con el pecho destrozado. La contemplación de aquel compañero inerte, que momentos antes reía con nosotros, nos causó singular impresión. Empero, era éste el doliente y explicable debut.

Al Coronel Samper Uribe debía unirse con su pequeña guerrilla, otro jefe, que actuaba en la región de Apulo, próxima a la línea férrea, en la confluencia de este río y el Bogotá. Ignoramos por qué causa no lo hizo,

aunque casos semejantes no fueron extraños, según pudimos observarlo luego, lo que nos impidió varias veces aprovechar grandes oportunidades. El hecho es que aquella falla y lo reducido del grupo nuestro nos puso pronto en situación tan apurada, que pocos días después hubimos de disolvernó temporalmente, pues ya no era posible hurtarle por más tiempo el cuerpo al enemigo que se había propuesto, con especial actividad y muy naturalmente, dada la distinción de quienes nos comandaban, a perseguirnos sin tregua con elementos desde luego muy superiores a los pocos, antiquísimos y oxidados rifles y sables de que disponíamos, acabados de desenterrar. A nuestra condición de noveles militares se agregaba así la casi inutilidad del armamento. Al separarnos, hubo pacto, como consigna de honor, para incorporarnos cuanto antes en la primera fuerza liberal que halláramos, ya que era incierto reunirnos de nuevo en determinado lugar.

Fueron los siguientes unos días de excepcionales azares, pues corríamos el peligro, peor que del enemigo en plena campaña, del ridículo podríamos decir, de caer, apenas transcurrido un mes de pronunciados contra el régimen, en poder de guarniciones más o menos cercanas al lugar de nuestro levantamiento, que calificarían a su antojo la fracasada intentona, fuera de otras razones de carácter privado.

Habiendo escapado en la primera noche, de ahogarnos al vadear un río, logramos al fin penetrar furtivamente, gracias a la lluvia torrencial, al lugar inicial de arranque. Pero la salida de allí, frustrada la primera vez, pudo realizarse al segundo intento, bajo un disfraz de mujer, de brazo de algunas damas en paseo nocturno, por entre los centinelas enemigos. Por fortuna varios dispersos logramos volver a reunirnos con el Coronel Barriga, quien consiguió pronto organizar unos sesenta

hombres con varios entusiastas iniciales y algunos derrotados en el Tolima que habían escapado hacia Cundinamarca. Entre éstos se hallaban nuestros discípulos Griseldo Mazabel y Víctor Manuel Márquez. En seguida salimos ansiosos de incorporarnos a quienes se nos habían anticipado en la bélica empresa, como en efecto se realizó, cerca a la ciudad de Tocaima, a mediados de mayo de 1900.

Era nuestro gran anhelo, desde meses antes, al lograr leer con íntimos amigos las noticias, más a menos verídicas, según pudimos constatar luego, que en mensajes comprimidos enviaban con frecuencia de los campamentos a los centros adictos, conocer personalmente a nuestros caudillos, palparlos, estrecharlos si es posible, en efusivo abrazo. Ellos estaban aureola-



General ANTONIO SAMPER URIBE

dos ante nosotros por su arrojo, su constancia, sus sacrificios y sus triunfos. Habíamos sufrido, sufríamos, como en propia carne también con sus reveses.

Al encontrarnos con los primeros soldados, pudimos observar fácilmente su quebranto. En la mayor parte de ellos el raído equipo personal denunciaba la escasez y el rigor de la brega tan intensa. No pocos notábanse macilentos y febriles. No obstante muchos rostros animosos y llenos de fe, ponían un tinte de entusiasmo en aquella apreciable masa humana, que pudiera estar seriamente desalentada entonces por los recientes descalabros. En efecto, pronto fueron circulando detalles de la gravísima derrota sufrida poco antes en el combate de "La Sierra", cerca de Lérida. Nos contaban entristecidos el destrozo violento allí de un bloque del ejército nuestro, como de mil quinientos hombres; la muerte, al frente de sus tropas, del arrojado General Gustavo Sánchez, y de sus bizarros compañeros Jorge Buenaventura, Adolfo Galindo, Ramón Zapata y tantos otros oficiales distinguidos; las graves heridas del prestigioso jefe Ramón Marín y su probable captura; la dispersión, en fin, de nuestros florecientes batallones. Todo esto recrudecido cuatro días después en el campo de "Ambato" en la confluencia de los ríos Magdalena y Coello, por el más reñido y desesperado combate habido en aquella región del Tolima, en terribles circunstancias como se comprende y en donde el pundonoroso Oliverio Sánchez siguió tan pronto las huellas de su hermano Gustavo, al combatir fogosamente y caer exánime en pleno campo de batalla. Noticias éstas, sin duda, que habían de causar contrariedad y alarma en quienes desconocíamos a fondo aquellos tremendos choques, pero que también nos hicieron reflexionar apenados: si nuestro grupo y refuerzo de

elementos, acaso con mayor actividad, hubieran podido ingresar antes...

De pronto apareció un jinete distinguidísimo y en el acto comprendimos que debía ser uno de nuestros heroicos generales. Su aspecto, aunque marcial no era impetuoso, y notamos cierto gesto refrenado de displicencia. Nos apresuramos a acercárnosle emocionados y al apearse de su cabalgadura, nos recibió afablemente, con el calificativo de "mijo". Era el General Teodoro Pedroza. Nos lo habíamos figurado de edad madura, y disfrutaba plena juventud, grave, apuesto, caballeroso.

Ya había cosechado él triunfos en el Tolima, como el de "El Limón", puerto sobre el río Saldaña, donde la captura de enemigos fue importante y la desbandada casi total. Después de breve charla, inspirada por su benévola actitud, nos retiramos en expectativa de ir conociendo otros jefes. En seguida, entre un grupo de Ayudantes inquietos y empenachados con cintas rojas, vimos al General Aristóbulo Ibáñez, a quien tampoco conocíamos, pero de cuya apariencia física habíamos logrado obtener datos. Era el jefe de operaciones de aquel maltrecho ejército. Sus espesos bigotes y sus ojillos penetrantes y claros, se destacaban bajo el sombrero de campaña. Nos fue un tanto difícil abocarlo. Impartía, sereno, órdenes concisas y frecuentes. Al saludarlo y observarlo nos figuramos así a un ejemplar importante de aquellos llaneros que acompañaban a Bolívar cuando arribó de Venezuela a nuestra patria, tras la más terrible peregrinación, y que estoicos forjaron, como filial de la proeza del Pantano de Vargas, la página inmortal de Boyacá.

Poco después otros fueron llegando, quebrantados, y a todos envidiábamos la anterioridad de sus servicios. Con el conocimiento objetivo de tales varones iba quedando nuestro anhelo satisfecho. Ellos nos debían conducir sin duda

a la victoria definitiva, en combinación con los luchadores liberales del norte.

Mezclados sin demora en las exiguas toldas del campamento con aquellos abnegados veteranos, aunque todavía nosotros un tanto nerviosos, ya al día siguiente, una vez aprendidas las generalidades más urgentes del reglamento militar, el juvenil entusiasmo prevaleció y nos fue adaptando al medio ambiente guerrero éste que se tonificó luego con los primeros éxitos crucios obtenidos en varios sitios de Cundinamarca y del Tolima, que fue intensificado más tarde, a pesar de algunos reveses, o quizá por esto mismo, en los campos magníficos del legendario Cauca, hasta las riberas del mar y las fronteras del Ecuador, y que culminó por último, en evolución rotunda e insospechada, dos años después, con la serie de triunfos alcanzados felizmente tras los penachos de Herrera, Caballero y Bustamante, luego de doloroso



General TEODORO PEDROZA

cautiverio en las Bóvedas de Chiriquí y venturoso canje, en las ardientes costas panameñas.

Lo que hemos llamado ejército, sólo contaba en verdad de algo más de trescientos hombres, y su jefe, General Aristóbulo Ibañez, tenía como segundo al General Teodoro Pedroza. Después de un día de permanencia en Tocaima, se formó campamento a orillas del río Bogotá, en la estación de Portillo. Pasando luego por Viotá —donde tuvimos el placer de unirnos al Coronel Samper Uribe, quien con una pequeña fuerza organizada se incorporó allí— y luego por Tibacuy, la división se dirigió a Fusagasugá, que estaba defendida por un numeroso batallón del gobierno, debidamente parapetado en el templo y otros edificios de la ciudad. Era jefe de la plaza el Coronel Aníbal Márquez.

Nos parece indicado insertar enseguida una muy interesante carta del General Teodoro Pedroza, en la cual se digna suministrarnos preciosos datos sobre una parte de los sucesos que acaban de ocurrir en el Tolima, relacionados, de tan respetable fuente, con este trozo de nuestra historia.

“Bogotá, noviembre 6 de 1937

Señor Don B. Latorre Cháves.

Muy estimado amigo.

Con sumo placer correspondo a su deseo de incluir en la relación de sus recuerdos de campaña, que sin duda serán leídos con positivo interés, algo relacionado con mis modestas actuaciones, en esa lucha en la que el partido liberal a diario exhibió su heroico espíritu de sacrificio y su inquebrantable y fervorosa adhesión a la República. Desde luego que la amable insinuación de usted obliga de manera especial mi gratitud.

En varias ocasiones me he excusado de escribir mis recuerdos o de suministrar datos relacionados con los



combates en que en una u otra forma concurrí, no por pueriles sentimientos personales o por rehuir merecidas responsabilidades, sino porque habiendo tenido yo algunas veces un criterio enteramente distinto del de los que fueron en determinado momento mis compañeros, he preferido callar por el temor de suscitar polémicas que en definitiva carecieran de aquel sello de corrección y de justicia que debe distinguir todos los actos encaminados al prestigio de amados ideales, más cuando todos o casi todos los jefes que actuaron en tales momentos, duermen el eterno sueño de la muerte; empero como usted se sirve referirse a ciertos detalles del combate de "La Sierra", voy a procurar satisfacer su deseo.

Tan pronto como tuve conocimiento de que el General Avelino Rosas se aproximaba a la población de Colombia (Huila), resolví moverme al encuentro de ese jefe que venía aprestado por sus recientes campañas de Cuba y que ingresaba al Tolima en momentos decisivos, y yo, que deseaba vivamente cooperar al triunfo de esa campaña, movicilé la lucida división que con los mejores elementos de Oriente y Fusagasugá había podido organizar. No fue posible lograr lo deseado, pero tuvimos la satisfacción de contribuir con nuestra presencia a hacer menos difícil la situación de las fuerzas liberales después del serio quebranto sufrido en "Matamundo". Por otra parte nuestro triunfo de "El Limón" permitió la reorganización en Natagaima y la marcha al Norte en rápidas etapas e inteligenciarnos con Marín, que estaba en Mariquita, donde nos reunimos.

El General Ospina Chaparro con una división veterana se movió de Villavicencio en persecución de Rosas que momentáneamente hacía parte del Cuartel General. El jefe enemigo avanzó sobre Santana, ocupado horas antes por el ejército liberal. No obstante es-

tar nosotros en posiciones dominantes, y el avance claramente ofensivo del enemigo, nuestro Comando no dictó disposiciones que indicaran el propósito de combatir, pues solamente se estableció el obligado servicio de avanzadas, las que fueron dando el aviso del avance del enemigo por la vía nacional.

A eso de las cinco de la tarde se rompieron los fuegos dentro de la población y la violenta acometida del enemigo obligó a varias de nuestras divisiones a tomar el camino de Palocabildo, a la cabeza de las cuales iban los Generales Ibáñez, Pulido, Caicedo y Marín. Mi división se movió a Santana de Lajas quedando en situación extremadamente crítica por estar a muy corta distancia de dos cuerpos enemigos que a derecha e izquierda nos dejaban oír el número respectivo. En tan apremiante situación, bajo la consigna de un absoluto silencio, a la madrugada emprendimos la marcha por uno que alguna vez había sido camino, y que para nosotros fue camino de salvación.

Con las primeras luces del alba llegamos a la hacienda de Santo Domingo y luego acampamos en la "Mesa de Gallego", cerca a Venadillo. Como nuestra situación era verdaderamente inquietante, por no saber qué le hubiera ocurrido al grueso del ejército y careciendo de toda información respecto de los efectivos del enemigo y su localización, resolvimos despachar comisionados que arreglaran el paso rápido del río Magdalena para que, en caso de urgencia, tuviéramos los medios de encaminarnos a la adicta y decidida provincia de Fusagasugá. En tales momentos tuvimos el placer de recibir una nota del Comando en la que nos felicitaban por el acierto de nuestros movimientos y nos llamaban a una conferencia, al Alto del Bledo.

Como siempre fue nuestra norma de conducta obedecer prontamente las

órdenes, dispusimos la marcha y al pasar el puente sobre el Ríorrecio, nos tirotearon algunos de los batallones del General Pedro Nel Ospina que contaba allí con tropas numerosas.

Afortunadamente pudimos continuar la marcha hasta el lugar de la cita y nos sorprendió encontrar solamente a Marín, al que impusimos en seguida del crecido número de fuerzas enemigas que nos fue dado apreciar, y sin vacilar expresamos la opinión de que no creíamos fuera ese el momento de combatir, a lo cual con arrogancia nos contestó el jefe amigo: ¿Y entonces, para cuando lo dejamos? Para cuando lo juzguemos oportuno, le contestamos. Está por demás decir que la nombrada conferencia no tuvo lugar pues buena parte de las fuerzas había descendido ya al plan, donde habían de inmediato entrado en contacto con las descubiertas enemigas, en terrenos cercanos a los que en la mañana habíamos abandonado nosotros para llegar al Bledo, en marcha agotadora y peligrosa, a servir de retaguardia en la nueva marcha sin concierto, bajo una lluvia inclemente, por caminos reblandecidos por el pisoteo de numerosas caballerías y, más que todo, bajo el aplastante peso que sobre nuestro espíritu ejercían graves consideraciones que no acertábamos a explicarnos satisfactoriamente, tales como el abandono voluntario y precipitado de las posiciones dominantes que bien aprovechadas en un combate defensivo como debía ser el nuestro, podrían darnos el triunfo aún sobre fuerzas muy superiores a las nuestras.

No teniendo nosotros enemigo a retaguardia estábamos en la posibilidad de hacerle pagar al atacante a muy alto precio cualquier avance que lograra. Ahora: comparada esa situación con las que adoptó nuestro Comando voluntariamente al acampar como lo hizo, puede decirse, dentro de las filas enemigas, sin ninguna defensa y con-

tando solamente con el probado arrojo de los nuestros, elemento de altísima valía en ciertos momentos, pero en otros generadores de lamentables desastres, nuestra inquietud creció por momentos.

Como a las ocho de la mañana y siempre con la lluvia torrencial, Marín y yo resolvimos guarecernos en las casas del camino, pero al punto recibimos aviso de una hacienda vecina de que estaban combatiendo en la llanura, lo cual nos hizo acudir en seguida. Cuando llegamos a la última estribación de la serranía, al morro donde hallamos al General Ibáñez, quien no podría decirse que dirigía el combate, vimos que lleno de amargura, observaba el desastre total. A nuestra visión se ofreció el combate más doloroso; aquí y allá pequeños grupos de soldados que aislados combatían heroicamente; un abanderado, acompañado por tres tiradores, a pié firme batía su bandera, y cerca de nosotros el célebre corneta Mantilla, que sin cesar tocaba "a la carga" sin que hubiera ya quien obedeciera la voz del sacrificio. Como bien nos lo dijera Ibáñez, el desastre estaba consumado. A nuestra llegada, Marín tomó un rifle y disparó, recibiendo en respuesta un balazo en un brazo. Lo hicimos colocar en un bayetón y fue trasladado a inmediato abrigo.

Pocos momentos después emprendimos la doliente peregrinación, camino del Líbano, acompañados por los bravos Coroneles Ruperto Aya y Benjamín Trujillo, después generales, y por Ramón Cháves el heroico sacrificado en Miraflores, y por otros compañeros, y seguidos de cerca por el enemigo victorioso. Abajo quedaban muchos leales a quienes la muerte implacable les impuso el supremo sacrificio: Gustavo Sánchez, Pastor Afanador, y tantos otros meritorios copartidarios.

Los restos de la tropa que se salvaron, con Caicedo y Pulido a la cabeza,

hicieron alto en Ambato para combatir una vez más con su reconocida bravura. (Aunque sin éxito).

Como esta relación va haciéndose ya demasiado extensa, terminaré como usted lo desea, anotando algunos de los encuentros a que concurrimos: El Limón, donde murieron los Mayores Pulido y Gamboa; Fusagasugá y La Cinta donde pereció el Coronel Belisario Arciniegas; Hilarco, donde rindió la vida el Comandante Teniente Coronel Griseldo Mazabel; y Sibaté, siendo todos estos favorables. Tibacuy y Fusagasugá, los más reñidos y sangrientos, fueron adversos: sucumbieron en ellos los Coroneles Terrón, Samuel Uriza y F. Montejo, entre los que hemos podido recordar. El Cocuy, San Nicolás y los dos de Chipaque, que no tuvieron mayor trascendencia. Si fuéramos a citar los que se distinguieron como nuestros mejores colaboradores, tendríamos que hacer una larga enumeración, de la que con pena prescindimos ahora para no hacernos tan prolijos.

No se nos oculta que una relación escueta y descarnada como ésta, cuya

única fuerza radica en su contenido de verdad, pocos o ningunos admiradores conquistará. La brillantez de la forma, el colorido emocional, que con su magia transformaron los hechos corrientes en admirables pasajes de leyenda, cautivan, electrizan al público; pero la leyenda no es la historia, y bajo el deslumbrante oropel de aquélla, la verdad se recata y espera la hora de su reinado definitivo. No aspiramos nosotros sino a que sea reconocida la sinceridad de nuestro relato.

De usted muy atento servidor y amigo, (Fdo.)

Teodoro Pedroza".

Aquí termina esta final colaboración, quedando incorporada a nuestro relato hecho en el N° 27 de esta Revista, de julio y agosto de 1964, pág. 544.

Bogotá, diciembre 2 de 1965.

Benjamín Latorre Cháves.

(Ya más que octagenario y a media vista).